

# ARQUITECTURA PARA NUESTRO TIEMPO

Alejandro Ramírez Ugarte\*



El oficio del arquitecto, puede decirse, es más antiguo que sus testimonios conocidos. Desde el momento en que el hombre empezó a percatarse de la necesidad de transformar su habitat de manera que le proporcionara un mejor abrigo contra los elementos o simplemente más confort o placer; cuando empezó a modificar sus refugios naturales con los pocos elementos y herramientas que tenía a su alcance, y así se distinguió en el reino animal como un ser inteligente que va avanzando en el mejoramiento de su habitación a través del aprendizaje y la experiencia; al contrario de los animales no inteligentes que se comportan sólo según sus instintos y son incapaces de aprender nuevos caminos por sí solos —las aves a tejer sus nidos, las hormigas a cavar sus hormigueros y las abejas a fabricar sus colmenas—. Desde ese momento nació el oficio de arquitecto

Fiel a su destino de aprendiz, el hombre fue transformando gradualmente este oficio, desarrollándolo con el tiempo y los avances técnicos y atendiendo a su vocación por la belleza y la perfección para convertirlo así en una disciplina con el nombre que conocemos: arquitectura. Aparecen los primeros arquitectos, los maestros de obra y aprendices y posteriormente, los gremios (maasones). Aparecen también las primeras obras consagradas de la arquitectura clásica griega y romana y con ellas las primeras reglas de orden arquitectónico y las variaciones sobre un tema —el templo, la basílica, la pirámide

En el momento en que aparecen las primeras universidades, la disciplina arquitectónica se encuentra suficientemente desarrollada para incorporarse a ellas. Existen ya conocimientos técnicos que transmitir, obras escritas de tratadistas universalmente acep-

tadas y un status qué mantener. La arquitectura queda así constituida como una profesión que, para su regocijo, atiende principalmente a las élites económicamente poderosas: la realeza, los grandes comerciantes, las iglesias opulentas y los ministerios de guerra de todos los países.

Con el paso del tiempo la profesión aprendió a modificarse y a irse adaptando a las demandas, costumbres y estilos de vida de las distintas épocas y lugares, conservando cuidadosamente su lugar en la sociedad y aumentando en lo posible su área de influencia en ella. En la naturaleza misma de la concepción arquitectónica, cómo el hombre la descubrió y desarrolló y cómo nos ha llegado hasta hoy, se comprenden todas las reglas y requisitos

\* Arquitecto por la U. de G. Profesor de la Escuela de Arquitectura del ITESO.

que le pertenecen y que los arquitectos deben saber manejar con destreza —la lógica o claridad estructural, la modulación, la integridad del espacio y sus variantes programáticas y el estado del arte en la tecnología, por mencionar algunas. Así las cosas, la profesión de arquitecto en nuestra sociedad puede describirse como el sabio (el que sabe) manejador de espacios construídos para el uso de una élite humana; además, como un *side line* se ha constituido en un vigilante atento al desarrollo del medio ambiente urbano, físico, cultural y ecológico.

Desde una perspectiva global actual, esta concepción no presenta mayor problema; de hecho existe y funciona más o menos en la forma descrita, sobre todo en los países desarrollados o ricos. Solamente cuando se contempla en referencia a nuestros países económicamente pobres empieza a causar algunas perplejidades.

México estuvo muy ocupado, primero en la Conquista, luego en la guerra de Independencia y después en las revoluciones, para caer en la cuenta de lo que estaban haciendo los arquitectos; podemos suponer —porque hay evidencias— que estaban haciendo arquitectura; inclusive la Escuela Nacional de Arquitectura tiene ya más de doscientos años. A partir de la “Paz Cardenista” y del vigor nacional que generó, se inició la construcción de todo lo que le faltaba al país, incluyendo desde luego a la arquitectura en sus géneros hospitalario y educativo principalmente. Fue en ese momento cuando la profesión tomó un fuerte impulso. Fue necesario también que transcurrieron 40 años para que el país advirtiera su muy desventajosa situación frente a los países poderosos. Descubrió que era uno de los países llamados tercermundistas o subdesarrollados

cuyas características son: aumento acelerado de la población, aumento en la brecha entre los ingresos de ricos y pobres, desaparición gradual de la clase media, aumento en la dependencia del exterior y pobreza, pobreza generalizada como país y per-cápita. Además de esto y como característica de nuestro tiempo, los medios de comunicación se desarrollan desmesuradamente y se hacen más veloces y accesibles, lo cual violenta la situación por tres caminos: reflejando nuestra pobreza, mostrándonos la abundancia y despilfarro del vecino y dándonos un modelo alternativo a seguir.

Bajo estas condiciones, nuestro país se vio forzado a prescindir de los servicios de una gran cantidad de profesionales de la arquitectura elitista y solamente conservó a unos pocos que estaban en condiciones de acceder a la abundancia económica estatal o privada. Los profesionales de la arquitectura en México cayeron en crisis.

Por otro lado, el mundo y la vida son muy sabios; están más allá del hombre y tienen los recursos para balancear los desequilibrios que causa el afán humano. Mientras los arquitectos fabricaban su concepción arquitectónica, la depuraban y ejercían, todo el resto de la sociedad que no había quedado incluida en ella tuvo que valerse por sí misma en sus requerimientos arquitectónicos, dando cabida a un ejercicio arquitectónico informal, espontáneo y autosuficiente y paralelo al ejercicio profesional, a veces inclusive tratando de imitarlo.

La muy dolorosa toma de conciencia de la situación real del país y los correspondientes efectos en la profesión, hicieron que los arquitectos volvieran la cara hacia una opción de ejercicio para las grandes masas de población, opción que de pronto se

empezó a vislumbrar como tal, cuando el Estado se percató de la demanda caótica de vivienda y decidió que era pertinente declarar una política de apoyo a la oferta, creando instituciones financieras y reguladoras *ad hoc*.

Las universidades, siempre pendientes de las transformaciones y tendencias sociales, no se quedaron atrás. Las escuelas de arquitectura en México, poco a poco y unas antes que otras, empezaron a mostrar su preocupación por este fenómeno y a balbucear soluciones académicas. El entrenamiento académico profesionalizante tradicional fue sometido a cuestionamientos; aún los elementos universitarios de tendencia marxista volvieron a ser escuchados y las universidades de orientación cristiana, sobre todo aquellas que mostraban tintes de Teología de la Liberación, encontraron que sus intuiciones, después de todo, podrían ser el camino.

Sin embargo la tarea no fue fácil, los obstáculos se mostraron prontamente; la tradición era poderosa y muy arraigada, los profesores y dirigentes de las escuelas no eran más que un producto de esta tradición de siglos y por eso no estaban capacitados profesionalmente (y espiritualmente) para un cambio tan radical, que requiera de conocimientos y destrezas nuevas y distintas —el campo de las ciencias sociales, el manejo de grandes extensiones de tierra, la legislación urbana cada día más compleja, los servicios e infraestructura urbanas— y además de que los especialistas que las dominaban siempre habían visto con sospecha a los arquitectos. Por otra parte, estas condiciones permitieron una polarización entre las imágenes de las universidades oficiales y privadas (con las híbridas en medio) de México; la mayoría de las universidades del Estado tendieron a la adopción de



una bandera de socialización del servicio profesional (en forma más o menos demagógica) y de apertura en la admisión a las grandes masas desfavorecidas que expresaran el deseo de cursar una carrera universitaria. Las universidades privadas, por su propia naturaleza, continuaron admitiendo a las élites que podían pagar, seleccionando en lo posible a los alumnos que querían admitir y, dependiendo de su origen en las filas del sector privado, en franca oposición a la alternativa socializante o en coqueteos más o menos serios con ella.

Dentro del marco descrito se funda la Escuela de Arquitectura del ITESO en 1963.

Los directivos del ITESO habían iniciado actividades seis años antes y ésta era una de las carreras que planeaban incluir en su proyecto. La ciudad de Guadalajara recién completaba el millón de habitantes y contaba con dos escuelas de arquitectura: la de la Universidad Autónoma de Guadalajara y la de la Universidad de Guadalajara. Esta última, gozando de prestigio y contando con un buen profesorado, aún abría sus puertas a los bachilleres de escuelas privadas; ésto, aunado al costo mínimo de sus colegiaturas, la hacía una opción verdaderamente atractiva; situación que cambió completamente en el año de 1962 cuando por razones internas salieron de la escuela varios de los profesores, incluyendo al director y cerró sus puertas a los egresados de colegios privados dando así la oportunidad al ITESO de realizar lo proyectado.

La Escuela de Arquitectura inició sus labores con un director, Enrique Nafarrate, algunos profesores salidos de la Universidad de Guadalajara y 17 alumnos, en su mayoría egresados del Instituto de Ciencias, todos atentos a la tradición formal de la ar-

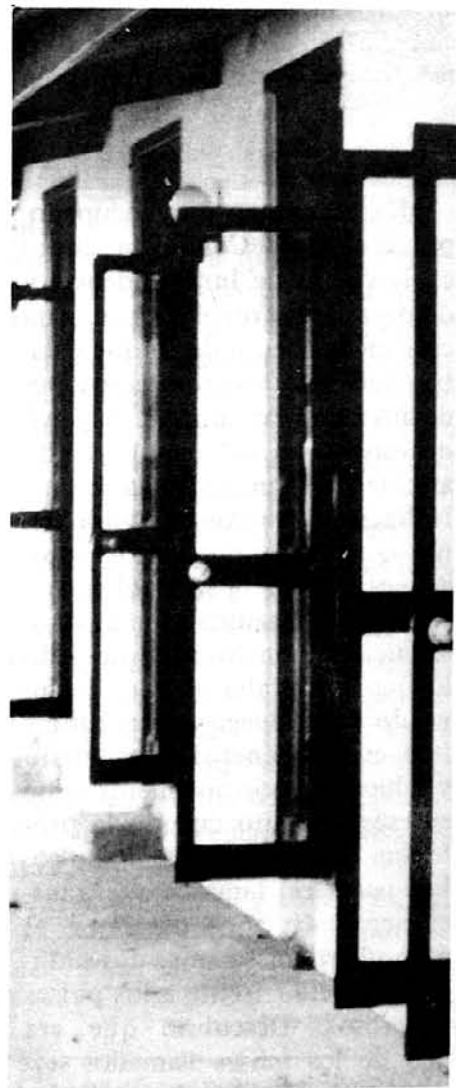
quitectura y sus representantes más destacados —Gropius, Mies, los Saarinen, Meyer, Wright, Aalto. Como en aquel momento el ITESO no tenía el reconocimiento oficial de las autoridades educativas del país, la Escuela estaba libre para optar por cualquier enfoque académico dentro de la arquitectura. Sin embargo las opciones no iban más allá de variantes en el énfasis de las áreas tradicionales, pues aún no se cobraba conciencia del cambio social que sufría el país y de sus repercusiones en el ejercicio profesional; eran los albores de los movimientos sociales que explotaron en el 68.

Con el paso de los primeros años, la Escuela hizo experimentos en su plan de estudios probando líneas poco usuales a veces, quizás intuyendo en alguna forma los conflictos que se acercaban, hasta 1968 que la UNAM le dió al ITESO la incorporación oficial y la Escuela quedó sometida al plan de estudios de dicha universidad.

En el año de 1976 y siendo director de la Escuela Salvador de Alba, la Secretaría de Educación Pública concedió al ITESO su reconocimiento oficial y por tanto la Escuela volvió a verse en libertad para emitir su propio plan de estudios, adoptando uno emergente y provisional más adecuado a sus necesidades y recursos, con el compromiso de desarrollar el plan definitivo en un futuro próximo. En 1978, al asumir la dirección Alejandro Ramírez, se propuso cumplir esa tarea que quedó terminada el verano de 1981.

En el lapso transcurrido desde la fundación de la Escuela hasta el momento de su reencuentro con la posibilidad de discurrir su propio enfoque académico, las condiciones contextuales habían sufrido varios cambios. La ciudad de Guadalajara había duplicado

su población y el camino a las invasiones y los asentamientos irregulares estaba abierto; el presidente Echeverría había desconcertado al país con sus decisiones, incluyendo la primera de la serie de devaluaciones del peso y dentro del ITESO se acababa de firmar el convenio que declaraba las Orientaciones Fundamentales como la opción institucional. Otras escuelas del país habían ya iniciado un cambio en el enfoque del ejercicio profesional: de la atención a un grupo cada vez más pequeño de clientes individuales, al trabajo con grupos y equipos que servían a las masas en los centros urbanos. La crisis en el ejercicio profesional ya estaba declarada y el nivel de desocupación entre los arquitectos tradicionales era alto.



Fue así como la Escuela adoptó un proyecto educativo que, a través de su plan de estudios, buscaba formalmente promover un ejercicio profesional comprometido no sólo con las disciplinas típicas de la arquitectura, sino con las necesidades ingentes de las mayorías que tradicionalmente no habían formado parte de la clientela de este ejercicio.

Cabe aclarar que la opción por las mayorías no obedeció necesariamente a un deseo de expiar algún posible sentimiento de culpa por el paradigma del pasado, o por lo menos, no solamente a eso. La realidad del mercado de trabajo contenía suficientes evidencias para hacerlo así y —está por demás decirlo— el trabajo para grandes cantidades de ciudadanos ofrecía el atractivo de la solvencia económica de las “ventas al mayoreo” a una clientela prácticamente no explotada y de un trato más o menos impersonal en vez del trato usual, cara a cara, con un cliente individual lleno de demandas arbitrarias y neuróticas.

Otro factor determinante en la decisión de optar por este enfoque académico provino de una tendencia que se pudo detectar en los productos del trabajo escolar de los mismos estudiantes, no sólo en los temas seleccionados por ellos mismos que se referían a géneros de servicios comunitarios o para solución de problemas de grupos sociales, sino en la forma de trabajo, más enfocada a la comprensión del juego de valores y estilo de vida del grupo estudiado que al tradicional afán por lograr resultados de forma o por la búsqueda ociosa de la belleza por la belleza. Los premios nacionales e internacionales que ha ganado la Escuela se han obtenido con trabajos que manifiestan claramente el interés de los estudiantes por esta línea.

Los temas de tesis recepcional escogidos por los pasantes y la constante colaboración voluntaria de los estudiantes a peticiones de ayuda provenientes de grupos socialmente marginados pueden ser también una muestra patente de esta preferencia.

Con el ánimo de reforzar y promover esta línea académica y de darle un cauce más concreto que incida en la solución de los problemas del desarrollo urbano, caótico e irregular, característico de nuestras ciudades, la Escuela inicia en 1981 el Programa de Estudios Urbanos que, a nivel de postgrado, tiene el propósito de entrenar a un grupo de estudiantes con los conocimientos y destrezas que requiere esta problemática. El enfoque de este Programa es eminentemente práctico y se centra en la solución física de problemas concretos, tales como el mejoramiento de los servicios e infraestructura de un asentamiento irregular existente o el diseño de asentamientos nuevos, con especial énfasis en el uso eficiente de los magros recursos de las mayorías.

A pesar de la clara intención en el enfoque social de la Escuela y de la consistencia en los argumentos que le dan apoyo a este enfoque, no cesa de haber conflictos. El origen de estos está precisamente en la relativa juventud del enfoque, que a su vez pretende descansar en el área de las ciencias sociales aplicadas, también de relativa poca edad. Los efectos de estos conflictos se manifiestan en una falta de equilibrio en la dosificación y manejo de los métodos de análisis social que en ocasiones se convierten en un callejón sin salida cuando los estudiantes, sin aclarar límites ni objetivos a sus tareas de investigación, divagan y se pierden en un mar de informa-

ción y desvían el trabajo académico de su propósito arquitectónico final y en otras —como reacción paradójica— precipitan un rechazo desconfiado y enfermizo a todo lo que suene a “social”. El horizonte de esperanza está en que la experiencia y la evaluación de los logros y fracasos de la tarea escolar, produzcan con el tiempo los suficientes elementos para llegar a una práctica adecuada y capaz.

La intención de promover un ejercicio profesional al servicio de las mayorías no es la única característica distintiva de la Escuela de Arquitectura del ITESO, ni es tampoco exclusiva de ella; otras escuelas y facultades de arquitectura en México han optado también por este camino.

Aceptando el reto planteado por las Orientaciones Fundamentales del ITESO en 1974 e inspirada por las intuiciones de la Maestría en Desarrollo Humano de entonces (1975), la Escuela empezó a tomar conciencia de la dimensión de la persona dentro del proceso académico, que abría un camino nuevo, simultáneo y paralelo dentro de este proceso.

La interpretación de esta dimensión humana, profesada por la Escuela desde la perspectiva del ejercicio profesional, consiste en que, la arquitectura, a fin de cuentas, no es sino una serie de afirmaciones personales —los proyectos, los edificios— arbitrarias y subjetivas, producto de la comprensión y consiguiente interpretación, también personales, arbitrarias y subjetivas, del arquitecto, ante un problema humano planteado. El significado de esta propuesta, en la perspectiva académica, se traduce en que la capacitación de un arquitecto debe atender a todo lo que concierne al oficio —la técnica constructiva, el análisis de programas ar-



quitectónicos, la destreza compositiva y los auxiliares de representación gráfica— y además al desarrollo de una persona libre, sana y responsable como base fundamental para acceder a un ejercicio competente de la arquitectura. Dentro de la Escuela se ha dado en llamar a estas dos tareas, el proceso académico y el proceso formativo.

Y es que, si estamos dispuestos a aceptar que los arquitectos son seres humanos, entonces sus actos, reacciones, percepciones y productos serán un reflejo de su totalidad compuesta por un lado consciente, conocido y controlado y por el inconsciente, oculto al albedrío y sin embargo, participante indiscutible de esta totalidad. Ante esta disyuntiva, la Escuela se ha propuesto incorporar a su actividad educativa algunos elementos que refuercen, o por lo menos atiendan, el desarrollo personal de los estudiantes.

Curricularmente, al inicio de la carrera se incluyeron en el plan de estudios, además de Introducción a la Universidad (que cursan la mayoría de las carreras del ITESO), las asignaturas de Antropología Filosófica (dos semestres) y Realidad Nacional (dos semestres) con el propósito de plantear reflexiones sobre estos temas fundamentales. En el tercer y cuarto semestres se abrieron dos espacios llamados Optativa I-3 y I-4 cuyo objetivo es mejorar las oportunidades de reflexión y análisis de los aspectos personales de la profesión, con el pretexto de algún tema o actividad que escojan los estudiantes. La estrategia de colocar este espacio en el segundo año se apoya en la hipótesis de que en ese año se dan los movimientos personales internos más fuertes: identidad, vocación, autoafirmación.

Aparte de estos elementos curriculares, se hacen esfuerzos para que los profesores alienten

la reflexión personal y la discusión en clase, se le da atención especial a las iniciativas de los estudiantes y apoyo con recursos de la Escuela hasta donde es posible y tratando que la planeación y realización de eventos especiales salga de ellos.

Con el ánimo de fomentar el espíritu de una auténtica evaluación que vaya más allá de la rutinaria nota y que además promueva un hábito evaluativo, la Escuela ha diseñado —y practica— un sistema que involucra al estudiante en varias formas: en la evaluación de cursos, emitiendo opiniones sobre sus profesores, revisando sus actuaciones en los diferentes niveles junto con una comisión y participando en la evaluación de eventos especiales.

Esta intencionalidad educativa también se ha encontrado con serios obstáculos, pues si los arquitectos han tenido dificultades con el dominio y ejercicio de una profesión comprometida con las mayorías, mayor aún es su dificultad con el manejo del desarrollo de la persona y su ignorancia de esta especialidad. Esta dificultad y esta ignorancia no son producto de la casualidad. Uno de los objetivos ocultos de cualquier ocupación, oficio o negocio (como negación del ocio) es, para la perplejidad del que lo descubre y tiene el valor de aceptarlo, el de huir del encuentro con la interioridad personal, descuidándola y abandonándola al azar. La profesión de la arquitectura, como se fue desarrollando históricamente, es una muestra evidente de esta huída y un refugio espléndido, con vida propia y creado por el hombre a partir de una necesidad incuestionable de albergue que, así como poco a poco se fue divorciando del servicio a las mayorías, se alejó también de su origen esencialmente humano hasta llegar a las aberraciones más recientes, como son los conjuntos

habitacionales masivos, los grandes centros comerciales, los hoteles y aeropuertos, edificaciones típicamente enajenantes, carentes de toda dimensión y escala humanas, que a nadie sorprenden ya; más bien constituyen el orgullo de las grandes urbes contemporáneas. Con este antecedente nos podemos dar una idea de lo colosal de una tarea escolar que amenaza a una tradición de siglos al pretender una igualdad en la atención a la totalidad humana y al oficio de arquitecto.

Esta complejidad inherente al intento de atender el proceso personal del estudiante hace que, la mayor parte de las veces, los logros o avances por esta línea aparezcan como fracasos o provoquen conflictos, que “muevan el tapete” y originen cuestionamientos sobre la conveniencia de mantener esta línea; por demás está decir que hay traspies y en ocasiones falta de claridad en la acción. Sin embargo, una de las características más comunes de este camino es que, una vez que se toma conciencia y se despierta un proceso, el andar es arduo y lleno de tropiezos pero difícilmente se le puede dar marcha atrás.

Las dos vertientes más significativas del proyecto educativo de la Escuela: la orientación del servicio profesional hacia las masas de la población y el cuidado al desarrollo personal de los estudiantes, pueden considerarse como las resultantes de un proceso de análisis y búsqueda del equipo responsable de la planeación escolar, que a través de los años se ha preocupado por actualizar y adaptar el plan de estudios de una Escuela que trata de enseñar arquitectura para nuestro tiempo y que es parte de un ITESO que ha optado por comprometerse con la sociedad, con una filosofía educativa de dimensión humanista y con el mensaje evangélico.